le quedaba de resistencia, sobreviviendo casi en él el artista al hombre.

A la mañana del siguiente día, el médico encontró al enfermo más abatido todavía. Llamando aparte á Enrique, le dijo:

—Consolad á vuestra madre.

El joven se estremeció. ¡Su padre! Aquella noche su padre ya no existiría. Como todos los seres felices, se había acostumbrado á creer que no podía haber separación entre los que se quieren. Y entonces.....

Parecía que el abate Ronchart había presentido aquella agonía. Por la tarde vino á preguntar á Genoveva si Santiago Roquevert necesitaba los auxilios de la religión. Enrique suplicó á su madre que dejaran á Roquevert en el reposo de aquella muerte que tan tranquila y dulcemente venía, una muerte de trabajador al sentarse tranquilo en la declinación del día.

M. Poparel era de este parecer:

—¡Pocos hombres habrá tan honrados como el gran artista!—había dicho.

Genoveva no se creía con bastante autoridad para mandar á Enrique, y suplicó al abate que no insistiera.

El abate salió, dejando tras él como un rastro de cólera.

—¡Vos responderéis de ese alma ante Dios!

Genoveva tembló al oir aquello.

Entonces, aterrada, se encerró en su cuarto; luego fué á arrodillarse á los pies de la cama de Santiago, y silenciosamente, en una plegaria más dolorosa que el mismo estertor de la agonía, lloraba é imploraba, alterando aquel silencio con sus contenidos sollozos.

Enrique pensaba únicamente en aquella realidad aplastadora. Santiago se moría.

Aquella noche Roquevert dejó de existir. Genoveva, traspasada de dolor, se abalanzó á su cadáver, llamándolo, abrazando su demacrada cabeza, en la que la muerte había puesto una majestad sublime. Besaba sus rasgos inmóviles, cien veces más bellos en su rigidez marmórea que en aquellos cuadros en que aparecían con el brillo de la juventud, y en voz baja, muy baja, afligida por la pena, murmuraba:

—¡Yo hubiera querido tu perdón, Santiago! ¡Porque sí, tú también me habrías perdonado!

—Ha muerto dichoso—dijo Enrique al oído de su madre.—Nada ha sabido.

Con un cielo gris, cubierto, de un día triste de otoño, en medio de la lluvia y el barro, desfiló lentamente el entierro de Roquevert desde la plaza Dancourt á la iglesia de Saint-Clement, donde el mismo M. Poparel dijo el responso, y desde ésta al cementerio. Iba muy poca gente. El tiempo era malísimo. Se avanzaba difícilmente por entre los lodazales de los boulevares exteriores. Los paraguas abiertos que seguían al coche fúnebre iban siendo cada vez menos. En cada esquina desaparecía alguno, escurriéndose por la tangente. Los compañeros que sostenían las cintas, cuidadosos en medio de su dolor, se levantaban los pantalones para que no se les llenaran de barro. Enrique seguía sin ver nada, nada más que aquel paño negro que cubría á su padre. ¡Qué lluvia! Azotaba

lúgubre el ancho paño mortuorio, mojaba las coronas depositadas sobre el féretro en las que se veía escrito el nombre de Roquevert.....

Al borde de la tumba no hubo ningún discurso. Había habido una mala inteligencia. La sociedad de Artistas dramáticos no había designado orador. Aquella ruidosa y denodada existencia de gran artista terminaba en el silencio y en el barro. Y Enrique contemplaba taciturno descender el ataud, la chapa de cobre que había sobre la tapa, y se extrañaba de que nadie enviara á Santiago Roquevert el último adios.

Buscaba con la mirada alguno de entre aquellos actores que todavía seguían allí, y que conversaban ó se guarecían bajo los paraguas sin atreverse á hablar.

—¡Pobre padre!—decía Enrique.—Ni un adios. Ni una voz.....

—¡Enrique!.....—dijo alguien detrás de él muy despacio.

Se volvió.

La cara de Marcy se le apareció descolorida é inundada de lágrimas.

Y Felipe, con los brazos abiertos, presentó á Enrique su pecho.

Enrique no comprendió nada, no preguntó nada, sólo vió una cosa, que su amigo, su maestro, su hermano estaba allí, con los ojos enrojecidos y el corazón abierto; y lanzando un grito desgarrador, se arrojó en los brazos de aquel hombre y permaneció entre ellos apretando como un loco y llorando como un niño.

XIII.

Difícil era que Enrique adivinara lo que había ocurrido en casa de Felipe.

Al separarse de él, después de aquella entrevista en la que furioso habló de desafío y de castigo á su joven amigo á quien creía traidor, Marcy entró en la avenida Villiers queriendo confundir á Sabina, habiendo ya desenmascarado al hijo de Roquevert. Se había contenido delante de Genoveva; á Enrique manifestó más desprecio que rabia; pero ante Sabina su dolor se desbordó con una explosión de cólera. En cuanto ella se encontró enfrente de Felipe conoció que había un peligro. La voz ronca de este hombre á quién parecía que los sollozos le ahogaban, indicaba que algo grave ocurría. Sabina, sorprendida al principio fingió que no comprendía nada. Quiso sonreir, preguntando á Felipe con su habitual tono burlón «que qué era lo que le había dado.» Pero al momento comprendió que no valían aquellas armas y que sus estudiadas coqueterías no tenían fuerza alguna. Una firmísima resolución comunicaba al rostro de Felipe, de ordinario apacible, un aspecto terrible. Adivinó que Marcy lo sabía todo. ¿Pero qué sabía? ¿Quién se lo había contado? Enrique, sin duda alguna. ¡Ah, miserable!

¡Eh! ¿no podía ella sostener que aquél había mentido?

El nombre de Melun que salía de labios de

Marcy la hizo temblar. Una ráfaga de trágica maldad se retrató en su mirada. Se lo habían dicho todo. Felipe tenía espías. Y aquel Enrique.....

Pero de pronto se agitó todo su cuerpo bajo una impresión inesperada que la hizo palidecer de cólera humillante. Felipe le refirió palabra por palabra, con una rabia que aumentaba á cada momento, la manera cómo se había enterado de aquella traición, cómo la misma madre de Roquevert había denunciado, sin querer, á aquél de quién jamás podía sospecharse, del mismo modo que no sospechó nunca de Sabina, y cómo la casualidad había hecha saltar la confidencia desde un sacerdote hasta un marido, hasta mí, decía Marcy sin apartar sus ojos, que ardían por la fiebre, de las azules pupilas de Sabina.

Entonces Sabina comprendía ya. Marcy no acusaba á Enrique; pero éste, al ver que Marcy sospechaba de él, se lo había contado todo á su amigo. Ella le odiaba casi tanto por haberla entregado de aquel modo, como si le hubiese espiado para llevar el secreto á Felipe.

—Ante este cúmulo de pruebas no negaréis—dijo Marcy.—¡Sois la más vil de las mujeres porque habéis sido la más amada! ¿Pero qué os he hecho yo, Sabina?

En aquella pregunta dolorosa creyó ella encontrar todavía amor, y esto dulcificó el miedo lleno de rabia que sentía. ¡Él sufría! Esto era un consuelo para aquella mujer cuyo goce mayor consistía en clavar sus uñas. No respondió, ¡esperaba! Y entonces Marcy, unas veces lanzando al rostro de

aquella infiel el desprecio que sentía cada vez más, otras con frases de reproche, último eco de su amor agonizante, le refería, gozándose en su sufrimiento, desgarrándose con su propia mano, que después de la madre había visto al hijo, á Enrique, á aquel cobarde, á aquel ladrón de amor, á aquel hombre que á los veinte años sabía también mentir, á quien él mataría ¡oh, sin piedad!

¿Quién? ¿él? ¿Enrique? ¿Enrique interrogado por Marcy, Enrique amenazado por aquél no había dicho nada ni una palabra? ¿Había tenido la fuerza de alma de pasar por sospechoso sin defenderse? Ante aquella revelación retrocedió estupefacta. Y á medida que Felipe hablaba, insultando á Enrique con la ira del que se cree víctima de una traición, Sabina sufría una extraña indignación contra aquel Roquevert que con su silencio pretendía ponerla á salvo. Le parecía que en aquella fuerza de voluntad por parte de Enrique, dejándose injuriar sin defenderse, resultaba un nuevo desdén para ella, puesto que para defenderse se hubiera visto precisado á acusarla á ella, y la humillaba, tener que reconocer la superioridad detestable de aquel joven, cuya leal mirada la había anonadado allá en el hotel en Melun con su desprecio. ¡Aquel Enrique! ¡No se contentaba con no haber sido vencido por ella, la irresistible, y llevaba su puritanismo hasta parecer confirmar con su silencio las indiscreciones de su madre! Con su despejada inteligencia, Sabina, que era incapaz del bien, descubría pronto la generosidad de los demás. Pero esta generosidad taladraba su corazón como la injuria más cruel y despreciable. ¿Qué derecho tenía

aquel hombre para interponerse entre Marcy y Cordier? ¿Es que se figuraba que el hombre que había sido preferido por Sabina no era capaz de sostener la cólera de Felipe? ¿Acaso Cordier, ó ella misma, pedían al tal Roquevert, escudado con su virtud insoportable, la limosna de su silencio.

Y—sentimiento raro—cuanto más Felipe acusaba al hijo de Genoveva, más se irritaba Sabina contra aquel Enrique que parecía llevar su abnegación hasta el insulto. Sí, su silencio, su valor, su resolución, aquella firmeza de voluntad, todo parecía que le saltaba á la cara como un nuevo desprecio que la exasperaba. Al fin se había cansado de sentir aquella superioridad del joven, y después de haber sido desdeñada por aquel Enrique á pesar de amarla, ¡sólo le quedaba ya ser protegida por él!

¡Ah, en verdad que esto era demasiado! Entonces en un arranque de coraje, sacudiendo con una especie de furia trágica aquella humillante protección, lanzó con un cinismo sin igual la declaración de su crimen á aquel marido que tal vez hubiera llegado á dudar—¡quién sabe, la fe tiene tales raíces!—sí, que hubiera dudado si, á la negativa de Enrique, se hubiese unido el silencio de Sabina.

La insensata experimentó una especie de alegría atrozmente cruel, delirante de satisfacción, al rechazar la protección de Enrique, diciendo á Felipe:

—¡Pues bien, sí, ese virtuoso y despreciable Enrique dice la verdad! ¡No, no os ha engañado! ¡No, no le amo! ¡No es mi amante! ¡Mi amante es Cordier!

Estaba loca de cólera.

Aquella declaración la acompañó de risas nerviosas, que parecían dirigirse, como desatinadas baladronadas, á algún ser invisible. Felipe, bajo el peso de aquellas revelaciones, la miraba sin comprender nada, no teniendo ya por entre la bruma que se extendía delante de sus ojos más que una percepción clara: el hundimiento de su dicha, la destrucción de su confianza, el deshonor de su hogar.

—¿Qué decía Sabina? ¡Cordier, Cordier!

—Sí, ¡Cordier, Cordier!

Repetía el nombre con rabia como si lo denunciase á un juez. ¡Ah! ¡acaso Enrique había creído que Cordier no era valiente! ¡Quería hacer á Sabina la limosna de su sangre, de la sangre que Felipe le haría derramar! ¡Pues no! ¡Cordier estaba allí; Cordier sabría pagar su deuda; menos que ella necesitaba de la protección de Enrique.

Y Sabina, torturada y humillada, sentía una depravada voluptuosidad en hacer sufrir, en ver sufrir á Felipe. El desgraciado reunía toda su fuerza para soportar, sin desplomarse, la ferocidad de aquella confesión. De pie, erguido, gracias á su enérgica voluntad, era un autómata, una especie de cadáver andando. Sólo sus ojos, irradiando cólera, daban señales de vida.

Apretando entre sus dedos las muñecas de Sabina:

—¿No mentís? ¿no mentís?—le decía con voz ronca.

Y Sabina, retorciéndose bajo el martirio de aquella presión de acero:

—¡Ah!—decía—¡me haceis mal! ¡Dejadme! ¡os lo suplico!

Marcy la rechazó, repugnándole aquella cobardía.

Sabina se parecía á esos niños á los que complace el dolor físico de los demás, y, sin embargo, temblaba por la tortura que involuntariamente le causaba Felipe, atenazando entre sus manos las suyas delicadas.

Conociendo que no tenía sangre fría para ser dueño de sí mismo, se separó de aquella miserable, porque temía que si descargaba su furor ocurriese alguna escena trágica.

Luego, dirigiéndose á la puerta y abriéndola de un puntapié, le dijo:

—¡Vete de aquí!

Se llevó las manos á los cabellos, como si sintiera la necesidad de coger algo entre ellos, para saciar el deseo de descargarlo sobre alguno.

—¡Marcháos!—dijo.—¡Os he de matar!

Sabina, llena de miedo, lívida ante la palidéz de aquel hombre, salía andando de espaldas. Sentía el temblor de la fiera ante el domador. La tranquilidad de Marcy trocada en tal furor terriblemente frío, la tenía estupefacta, haciendo experimentar, á aquella mujer ávida de sensaciones, cierta cosa deliciosamente espantosa. De buena gana se hubiera puesto á los pies de Marcy ó se le hubiera arrojado al cuello, gritando: «¡Perdóname, te amo!» Diciendo verdad, la miserable, en aquel minuto de terror.

Pero tenía el presentimiento de que Marcy no perdonaría. Corriendo se fué á su cuarto, á su tocador, meditando la resolución que tomaría, mientras Marcy se dejaba caer, destrozado, con la sangre que subía á borbotones á su cabeza, con las lágrimas que ahogaban su pecho, pero resuelto y sin llorar.

Tenía un hombre delante de él, y en medio de este dolor, un consuelo fortalecía su alma: aquel hombre no era Enrique. Fuése derecho en busca de Cordier decidido á escupirle al rostro antes de matarle. Aquel bellaco, elegantemente vestido con cierto abandono, se hallaba precisamente en su estudio dando algunos toques al retrato de Sabina. Al oir el primer campanillazo volvió el lienzo del revés y se quedó sin color en presencia de aquel marido irritado que en su mirada y en su voz aparecía implacable. Después que Marcy se hubo marchado, Cordier dió rienda á su mal humor. ¡Vaya una aventura estúpida! Necesito ver á Genoveva. El capricho tomaba un aspecto trágico. ¡Hasta entonces sus amorcillos fáciles habían tenido más gracia! Y no había medio de retroceder. ¡Se había visto obligado á ir á Melun! Ella lo había querido. ¡No obstante, se está tan oculto y tan libre en París! Afortunadamente no tiraba mal, y no en vano había concurrido diez años á una sala de armas. ¡Pero no dejaba de ser graciosa aquella historieta!

Todo esto se lo decía Cordier mientras peinaba su rizada cabellera y se vestía para salir. Era preciso buscar testigos. Los de Marcy no se harían esperar. Cordier no pensó ni un momento en Lemenil ni en Baloché. Dos bohemios, se decía. No sería en casa Pulcherie donde buscara los testigos, sino en el Círculo, entre la gente conocida.

Cordier contaba ya de antemano con el ruido que harían los periódicos. No preveía que los padrinos de Marcy exigirían, antes que nada, el que no se diera publicidad á la conferencia en que trataron del asunto.

Al día siguiente los padrinos debían reunirse en casa de uno de ellos. Marcy no encontró á Charriere en la calle Lepic. Hacía ocho días que Francisco no aparecía. Felipe pensó también en Enrique; pero por una conversación que había escuchado, no sabía dónde, en un estudio á donde fué en busca de un testigo, se enteró que Roquevert estaba en la agonía. Dos de sus compañeros de otro tiempo, un escultor y un arquitecto, fueron los que llenaron aquella misión. Felipe exigía un duelo á muerte. El combate debía continuar mientras uno de los dos adversarios pudiera tenerse en pie.

Cuando al anochecer regresó á su casa, maquinalmente se informó de lo que Sabina había hecho. Le contestaron que la señora había salido para Fontainebleau, para casa de su padre. ¿Sola? Con Elisa, la doncella. Hubo un momento que Felipe se asustó pensando que se hubiese llevado con ella á Andresito. Pero no le había llevado; la doncella había arreglado los baules de prisa, amontonando en ellos los objetos de toilette. El desorden, indicando la precipitación de la marcha, daba un aspecto lúgubre á la habitación de Sabina, en la que Felipe penetró, como para empaparse del amargo perfume de los recuerdos. Luego se alejó de aquella especie de tumba donde yacía el fantasma de su amor, y preguntó por su hijo.

Era la hora del baño del *señorito Andrés*. La niñera, sin cuidarse del drama que visiblemente se desarrollaba en el hotel, asistía al niño como de costumbre. Felipe se deslizó con cuidado en el cuarto de Andrés, evitando que le entrara ninguna corriente de aire.

En la pequeña bañera de zinc, de color gris, llena de agua, á la que el salvado daba aspecto sucio, apareció la rizada cabeza de Andrés, sonriente, al que Marcy, sentado allí cerca, contemplaba sus gorditos y bien torneados brazos, su aterciopelada espalda, por la que se deslizaban las gotas de agua como por la seda y los sonrosados pliegues de su cuerpo. El niño, diciendo *¡papá, papá!* se cogía los piececitos con las manos, y curioso y admirado de las arrugas que le producía el agua en la piel, las enseñaba á su padre y le decía:—«*¿Qué es esto?*»

Allí continuó, pensativo, Felipe, á quien por toda alegría quedaba aquel niño, en un silencio triste, contemplando á Andrés que se divertía haciendo pasar por debajo del termómetro, convertido en puente, las lanchitas de papel que flotaban en el agua. Su pequeño cuerpo, sus sonrosadas mejillas, su boca del color de la flor del granado, todo sonreía á aquel hombre que se decía, sin temor alguno, pero como el que piensa y quiere:

—¿Y si ese miserable me matara mañana? ¿qué sería de este pequeño sér?

Mas esto sólo fué un relámpago. No sería Felipe el que sucumbiese; sería Cordier. Entretanto la niñera presentaba al niño la taza de leche que le servía de merienda, y Andrés, adelantando

su boca, como un pájaro el pico, hacia la cucharita, deglutía con apetito el pan mojado en ella, diciendo: «¡Qué rico está!»

Felipe hubiera querido absorber á su hijo en un solo beso. Puso sus labios sobre los cabellos de la nuca del niño, relucientes y pegados por el agua, y luego aquel pobre padre siguió con la vista á su hijo saliendo del baño como una estatua, mientras le secaban con toallas inglesas y le vestían de franela.

¡Bah! mientras aquel niño, aquel hijo querido le quedara, habría aún alegrías para aquel desgraciado, cuyo herido corazón dejaba brotar una ola de amargura. Comió solo enfrente de su hijo, que de cuando en cuando, y con esa insistencia propia de los niños, le preguntaba:—«¿Dónde está mamá? ¿Por qué no está mamá aquí? ¿Ya no vendrá mamá?—En cuanto Andresito quedó dormido en su cama de blancos cortinajes, Marcy se encerró en su cuarto, escribió algunas cartas en las que con mano firme trazó sus últimas voluntades, y una vez firmadas y cerradas—dirigidas á Valeria, su madre, á Charrière y á Enrique Roquevert—se acostó esperando el día siguiente.

Al mismo tiempo Cordier estaba comiendo en la *Maison Dorée*, con la cabeza de beato antiguo erguida para que no pudiera conocerse su profundo descontento. No era cobardía, sino fastidio. ¡Que el diablo lleve á las mujeres novelescas! ¡La corista más insignificante de los bufos es preferible!

Se batieron en un bosque cerca del Visinet. El duelo duró poco. Cordier, que tiraba admirablemente, creyó dar cuenta de Marcy con una terrible

estocada que le tiró recta. Marcy la paró, contestándole con otra que penetró en el costado derecho de Cordier, atravesándole de parte á parte. El herido se mantuvo unos segundos en pie, luego, haciendo girar sus ojos, cayó en brazos de sus padrinos. Se le creyó mortal, porque tenía el pulmón atravesado. El médico que asistía al acto hizo trasladar el herido con todas las precauciones á una venta próxima, donde lo acostaron después de hacerle la primera cura.

Felipe, impasible, frío como un justiciero, tomó de nuevo el camino de París.

Allí supo la defunción de Santiago Roquevert, y al día siguiente fué—era un muerto en vida siguiendo un féretro—al cementerio, tendiendo á Enrique sus brazos, al borde de la tumba de su padre, que era la manera de decirle que había sabido toda la verdad, y pidiéndole al mismo tiempo perdón de sus injurias y sospechas.

Y entretanto Felipe Marcy estaba solo, desesperadamente solo. Sabina había desaparecido para siempre. Aunque ella quisiera volver á la casa, el esposo no la perdonaría ni aun teniendo presente que su hijo iba á educarse sin madre. Felipe había juzgado y condenado en un día. Además sabía que había venido desde Fontainebleau, con transportes de cariño y lágrimas de dolor, á desempeñar junto á Cordier moribundo el papel de hermana de la caridad. Allí encontró ella lo que buscaba, una aventura, un drama, una emoción que sacudiese su fastidio y agitase su sangre. Ahora, dueña absoluta de sus actos, desatinada y locamente, pudo lanzarse á la vida desordenada de los inde-

pendientes. El, fiel al hogar desierto, siguió constante al lado de su hijo.

La amistad de Enrique (era un oasis en medio de sus sufrimientos) seguía inalterable. Su dolor iba á consolar el dolor de aquel hijo, y á dar ánimo á la madre afligida, más imponente aun con su majestad marmorea. Al día siguiente de la muerte de Santiago, Genoveva volvió á su antiguo ser. Se hubiera dicho que la misma piedra sepulcral había caído sobre ella. El secreto que en medio de su terror confesó á Enrique le parecía haberlo recogido fríamente después; era cual siempre la estatua silenciosa que bajaba sin ruido las escaleras de su cuarto, y, con su mutismo habitual, iba á sentarse en frente de Enrique en aquella mesa en la cual estaba vacío el sitio del padre.

Le parecía á la devota que todavía zumbaban en sus oídos las últimas palabras del abate Ronchart. ¡Roquevert había muerto sin confesar su vida!..... Aquella idea cruel sumía á Genoveva en el terror y el colmo de las angustias. ¡Estaba, pues, condenada á expiar y á expiar siempre! ¡No había podido ofrecer al Señor, como un rescate de su pasado, la suprema conversión del cómico! Y la culpable era ella—el abate Ronchart se lo había repetido—ella, que había tenido la debilidad de permitir que Santiago se fuera sin recibir el Viático. Se admiraba de que en castigo de sus culpas, Dios no la hubiera afligido en la persona de su hijo. Daba las gracias al Señor, con efusión ardiente, de haber impedido aquel duelo, de haber apartado el acero del pecho de Enrique. ¡Misericordia del Cielo! sólo le hubiera

faltado ser víctima de tal prueba: ¡la muerte del hijo á continuación de la del padre!

Felipe se propuso dominar la excitación nerviosa de su dolor por medio del trabajo, y comenzó un nuevo cuadro: cualquier cosa en que se mostrara la desesperación, el abatimiento, la desgarradora pena encarnada en una figura de mujer, una de esas creaciones ideadas de pronto en que el poeta pone su grito más desconsolado, el músico sus sollozos, el pintor su vida. De buena gana hubiera suplicado á la *Caridad* de otro tiempo que le permitiese tomarle por modelo. Pero el recuerdo de la infamia cometida por aquel periódico en que apareció la biografía de Elena calumniada, le impedía hacer tal ruego, no se atrevía. Y sin embargo, la imagen de Elena acudía con frecuencia á su imaginación; eternamente la encontraba interpuesta entre él y el lienzo. ¡La amaba, pues, decididamente la amaba! ¿Entonces cómo podía decirse que Sabina había sido infiel á la fe jurada, si él también se dejaba arrastrar por otro amor?

No, él no amaba á Elena como había amado á Sabina. Por entero se había entregado á su primer amor, y lo que ahora sentía por Elena, y lo que atraía hacia ella, era más bien piedad. Que Sabina le hubiese amado, y jamás, en ningun momento de su vida, hubiese forjado un sueño que traspasara el muro en el que, con su deber, encerraba su felicidad. Pero ella había hecho del amante honrado y fiel un sér afligido, lacerado, que tenía sed de afecto. Necesitaba á quien confiar el secreto de sus penas. Entonces acariciaba el ideal de que la vida

contrariada por disgustos puede sustituirse, que nada es irreparable en la existencia humana, y que la suerte ha puesto un bálsamo al lado de cada herida.

¿La traición de Sabina no había sido causa de que estrechara su amistad hacia Elena? ¿Sin aquella mujer, adorada y maldita, hubiera él conocido todo lo que se ocultaba de tranquila bondad, de generosa ternura, de abnegación y lealtad en Elena Gervais, de quien él solamente había entrevisto ó más bien adivinado el mérito? La misma Sabina le había impulsado hacia aquel creciente amor por Elena del mismo modo que la imperdonable villanía de Saint-Ives había contribuído á que la pobre joven, mortificada en su amor, depositara su confianza en Felipe.

La misma actriz se extrañaba de las raíces que poco á poco iba echando Marcy en su imaginación: le compadecía, y hubiera querido arrancarle de aquella melancolía invasora que le tenía sometido como un niño. Llegaba á olvidar sus propias penas al pensar en la de Felipe, y la traición de Sabina le parecía más indigna que la de Saint-Ives.

—¿Después de todo, él qué me debía?—pensaba la joven;—¡pero ella, ella llevaba su nombre!

Pero una mañana, la repentina aparición de Monerol la puso de pronto enfrente de una realidad más lúgubre todavía que la de una traición. Se había acostumbrado ya á no acordarse de aquel hombre siniestro que era su padre. El mismo Enrique, desde el día aquel en que Monerol se había atrevido á amenazar á Genoveva, huía de toda alusión referente á aquel miserable cuando hablaba

con Elena. La presentación de Monerol en el pasaje Cofin fué, pues, un nuevo golpe descargado sobre aquella infeliz. Sin ambajes ni rodeos explicó á Elena lo que pretendía de ella y lo que de él podía esperar.

—Sois una niña abandonada—la dijo—y os exponéis á morir en un hospital como otras muchas, porque en nuestra profesión el talento no da siempre ni aun para el pan. Yo soy un ejemplo de ello. ¡Pues bien! yo os traigo la fortuna, así sencillamente.

—¿La fortuna?

Elena le oía como se mira un sueño irrealizable.

—Sí, la fortuna encerrada en esos viejos papeles, ¡tomad!

De un bolsillo de su gabán sacó una cartera vieja llena de grasa, y desdoblando con sus dedazos aquellos papeluchos manchados, rozados y cortados ya por los dobleces, enseñó á Elena, que apenas se fijaba en ellos, unas líneas medio impresas, medio manuscritas, con timbres azules, y palabras que la leía haciendo vibrar las erres: «Alcaldía del X distrito..... 17 Septiembre de 1853..... una niña».....

Elena, contemplando á aquel hombre pálido, abotagado y con los ojos hinchados, lívido, con el color enfermizo del cómico hambriento, y luego fijando la mirada en aquellos amarillentos papeles manoseados y sucios, mostrando las señales de los dedos, se preguntaba si verdaderamente era posible que aquel hombre fuese su padre, y que allí, oficialmente escrita, estuviese la prueba.

Aquel sér le hacía sufrir una especie de repug-

nancia llena de indignación, y hasta los mismos papeles la asustaban, temblando que encerrasen alguna nueva revelación vergonzosa, que viniese á aumentar su malestar.

—¡Simplemente la fortuna está aquí, Elenita mia!—dijo Monerol con una sonrisa que hizo estremecer á la joven.—Con esto, con esta declaración y estas cartas, nos es tan fácil obligar á vuestra madre á que os abrace, como me es fácil el beberme un bock.

¿Su madre? Elena sentía al oirle una violenta sacudida que agitaba todo su sér. ¡Su madre era la mamá Gervais! Quería seguir siendo lo que había sido: una niña sin nombre, recogida y educada por la vieja mujer. Se imaginaba que la mujer que Monerol le iba á designar por madre debía de ser tan despreciable como él.

—«Artículo 341. Se admite la reclamación de la maternidad»—recitaba el cómico.—¿Hacen falta pruebas escritas? Aquí tengo cartas de vuestra madre dirigidas á mí, en las que aparece vuestro nombre expresado con todas sus letras. ¿Pruebas de testigos? Las habrá. ¡Héme aquí!—dijo golpeando su pecho con la mano—¡todavía vivo!

¿Pruebas? ¿Qué era eso de pruebas? ¿La mujer á quien Monerol se refería, aquella madre no quería, pues, ver á su hija? *¡Se la obligaría!* había dicho él. ¡Por lo visto éste creía que Elena iba á forzar á que la llamase *hija mía* á una desconocida que Monerol le indicara como madre, así, sin más ni más!

—No comprendo lo que de mí pretendéis—replicó Elena muy pálida pero muy resuelta.

—¡Cómo! ¿Lo que yo quiero? ¡Quiero sencillamente devolveros las caricias de una madre!—dijo Monerol con un acento en el que parecía mofarse de aquellas palabras de melodrama: *una madre, las caricias maternales.*

—¿Y acaso sabe ella siquiera que yo existo?.... ¿Por qué no se ha ocupado de mí?....

—¡Oh, es muy largo de contar! Solamente hace al caso saber que es rica, y que es inútil vegetar y comer pan seco, cuando tiene uno en su mano el comer sabrosos bollos.

—¡Es rica!—dijo Elena.—¡Ah! ¡ya! Ahora lo comprendo todo. No es un afecto lo que yo voy á reclamar, sino su dinero. ¿No es verdad? ¿No es esto lo que queréis proponerme? ¿Y este paso quién lo ha de dar, vos ó yo?

—Vos. ¡La hija puede reclamar á su madre!—dijo.

—La hija olvidada no reclama más que el olvido. Lleváos esos papeles y marcháos. ¡No quiero nada, nada, nada!

—¡Necedades!—contestó Monerol.—Os aseguro que vuestra reclamación sería grata á esa madre. Mi palabra. Os ha llorado y esto sería un consuelo para ella.

—¿Me cree muerta?

—¡Le habían dicho que lo estabais!

—¿Quién?

—¡Yo!

—¿Por qué?

—Esos son secretos míos que no atañen al asunto. Ella se considerará dichosa. Y vos la conocéis, ¡voto á....! Al menos de nombre.....

—¿Yo?—preguntó Elena que ya temblaba de angustia.

—Perfectamente. Su hijo es vuestro amigo; porque os anuncio también que tenéis un hermano.

—¡Enrique!—gritó Elena en un transporte de alegría.

—¡El grito del corazón! ¡La voz de la sangre!—decía Monerol en tono de burla.

Elena le miraba agitada, sin atreverse á creer lo que decía, interrogándole bajo una repentina y extraña impresión de contento al no verse ya sola y abandonada, al saber que aquel Enrique estaba unido á ella por vínculos sagrados, y que aquella afección, nacida por casualidad, tenía sobrado fundamento para existir. Y su madre, cuyo nombre estaba sin duda en los papeles á que Monerol se refería, era aquella Genoveva de quien Enrique le hablaba con tanta frecuencia. ¡Ella su madre! Elena no acababa de comprender, pero la embargaba la alegría. Sin perder tiempo hubiera querido ver á aquella Genoveva, correr á encontrar á Enrique y decirle..... ¿Pero en qué pensaba? ¿No había expresado Monerol hacía momentos con gráfica palabra lo extraño de aquella situación? «¡Obligar!» Armado de un artículo de la ley, quería él obligar á aquella mujer á que reconociera á su hija. Lo que Monerol venía á buscar al lado de su hija era un auxiliar para cualquier cosa trágica, para alguna empresa vil: á llevar la intranquilidad á un hogar que estaba de luto, ¡el reconocimiento de la maternidad exigido como una amenaza! ¡la vergüenza del pasado arrojada á una desgraciada!..... Y con el maravilloso instinto

de honradez, con la profunda piedad de la mujer, Elena adivinó un no sé qué de repugnante en el drama de otro tiempo, que le daba por madre á Genoveva y por padre á Monerol. Había allí alguna infamia. ¿Cuál? ¿podía ella saberlo? Un crimen quizá, un crimen del que ella era inocente, y del que sin embargo era víctima, ella, pobre niña abandonada, y del que, si escuchaba á Monerol, se hacía complice, recogiendo el lodo amasado por el infame para arrojarlo al rostro de aquella mujer.....

¡Ah! ¡por Enrique, por aquella madre, por ella misma y por su propia conciencia, Elena callaría! No serviría nunca de instrumento á semejante hombre. Haría más: lo combatiría, lo desarmaría si era posible, porque presentía que en todo aquello había un peligro para la casa que cobijaba á Enrique, un peligro y una amenaza para Mme. Roquevert, en las palabras y en el gesto lleno de odio de Monerol.

—Vos no haréis uso de esos papeles—dijo entonces al cómico.—Yo os lo prohibo. Alterar en su reposo, más aún, en su dolor á una viuda, sería impío y cobarde. ¡Vos no lo haréis!

—¡Oh, oh!—dijo Monerol.—¿De modo que estáis enamorada de la miseria, mi Elena? ¡Se os tiende la mano y la rechazáis! ¿Con qué contáis, pues, para vivir dichosa?

—Yo no cuento con nada. Unicamente pretendo vivir honrada, y hacer lo que me aconsejáis sería una infamia.

—¡Una infamia decir á su madre «¡aquí me tenéis, abrazadme!» Vamos, niñerías. Ya reflexionaréis. ¡Y que vos se lo digáis ó no, con la ley

en la mano, os aseguro que ha de saberse que la señora Roquevert es vuestra madre. ¡Yo me encargo de ello!

—Os suplico—dijo Elena—que no hagáis nada, que no digáis una palabra. Cuando yo gane, todo lo que queráis será para vos. Pero dejad en paz á esa mujer, á Enrique..... Os conjuro á ello..... Es la única súplica que os habré dirigido..... Y si la atendéis..... todo lo que he sufrido, todo os lo perdonaré.....

—¿Sí, eh? Generosidad se llama eso. Pero yo sería un tonto desarmándome. ¡Tener una posición conquistada y arrojarlo todo al agua, sería una ridiculez! La señora Roquevert enriquecería á una porción de curas, y mientras el padre de su hija y su hija andarían con los pies descalzos, ¡de ninguna manera! Artículo 341. Nosotros no hemos hecho la ley, pero la sabemos. ¡Aprovechémosla, pues!

Estaba terrible y grotesco á la vez con sus altaneras amenazas, lanzadas gesticulando á la federica. Elena comprendía que era inútil querer convencer ni apiadar á aquel hombre. En el momento que iba á salir tuvo un ligero desvanecimiento—desde hacía algún tiempo bebía con exceso, rociando sus esperanzas con aguardiente.—Asustado se detuvo, pidió de beber, humedeció sus gruesos labios en el agua que le ofrecía la joven, y se despidió diciendo:—«¡Puf! ¡como *resecan* la garganta estas palabras insulsas!»—Luego, salió muy despacio, como si esperase de sus últimas palabras un *efecto de claque:*

—¡Volveré! ¡Os dejo que resolváis vos misma!

De aquí á dos días ya habréis reflexionado, Elena.

La dejó como anonadada y se fué descontento y tratándola por lo bajo de *pécora*. ¿A dónde diablos contará refugiarse esta honradez estúpida? ¡Esta Elena es una tonta; nunca llegará á ser nada! En cuanto hubo desaparecido, Elena escribió á Enrique. Quería hablarle. Amenazaba á su madre un peligro. Al escribir aquellas palabras *vuestra madre*, temblaba de un modo desconocido. ¡Qué cosa tan admirable! ¡Era posible! ¡También ella podía pronunciar aquel nombre! ¡Aquella Genoveva era su madre lo mismo que lo era de Enrique!

Desde que Enrique conoció el fondo de aquella alma desgarrada, con fiel abnegación redobló las consideraciones y respeto á Genoveva. Aquel fanatismo religioso que en otro tiempo le irritaba, le enternecía ahora que sabía los dolores que le ocasionaban. Por lo demás, nunca, ni con una palabra ni con un gesto hizo la menor alusión al secreto que saliera del corazón maternal como un torrente de lágrimas. Genoveva pudo llegar á creer que su hijo lo ignoraba todo. Y sin embargo, aquella revelación interrumpía dolorosamente sus sueños y era el tormento de su vida. ¡Qué extrañeza! Una mañana despertó sorprendido de no haber caído—tal estupor le había causado la revelación—en que aquella Elena, aquella á quien llamaba Elena Gervais era su hermana. Esta idea le producía una impresión acariciadora. ¿Afecto fraternal, era, pues, el sentimiento íntimo que le unía ya á Elena? Desde el primer día que había visto á la joven, se despertó en él una simpatía y un cariño hacia ella, que no tenía mezcla de otro afecto. Ahora se ex-

plicaba aquella bienhechora influencia que Elena había ejercido sobre él. ¿No era, pues, á su amistad, á su encantadora honradez, á lo que se debía el que Enrique se hubiese sentido más fuerte contra el poderoso amor de Sabina? Sin ella, sin aquella antítesis viva de la *otra*, ¡quien sabe si, á pesar de su inquebrantable amistad hacia Felipe, hubiese resistido la seducción de Sabina, que se infiltraba en él como un veneno!

¡Elena era su hermana! En esta palabra encontraba armonías desconocidas. Ahora ya tenía derecho á amarla, á aconsejarla, á defenderla. ¡Ah, cómo ansiaba hacerla feliz! Sin decirla nada, había vuelto á verla después que ya conocía el secreto, consolándola con las atenciones más afectuosas. Se reservaba aprovechar una oportunidad para llevarla cerca de Genoveva y decir á aquella madre: «¡Vuestra hija no ha muerto!» Una atmósfera de cariño rodeaba por todas partes á la pobre Elena. Con frecuencia iba á verla Felipe, Felipe, pálido, envejecido, triste, pero siempre bueno, y dejando ver su profundo afecto á la actriz. A la vez también sufría sus contrariedades. *Juana Michelin*, que parecía iba á tener un éxito duradero, sólo estuvo en el cartel algunas semanas. Brecheux suspendió las representaciones de esta obra, y puso en escena un drama de la época Luis XV, un drama en que Elena no tenía papel. En la actualidad estaban ensayando en el *Teatro del Boulevard* una obra popular de Alejo Brecheux, con historias de asesinatos ó incidentes tomados de los tribunales de justicia. Elena estaba encargada en ella de un personaje antipático, una envenenadora odiosa, que

repugnaba á su carácter. Estaba ya casi arrepentida de haber firmado su ajuste con Brecheux, aferrado siempre á la idea de que sólo los dramas antiliterarios daban dinero.

En sus conversaciones con Felipe, que cada día eran más frecuentes, uno y otra cambiaban sus confidencias y descubrían el secreto de sus decepciones. Habían llegado á un período de la vida en que después de haberlos sometido á duras pruebas, la suerte les ponía en frente uno de otro como para consolarse mutuamente, aliviando sus dolores por la parte que cada uno tomaba en los del otro. Con los restos de sus esperanzas podían aún constituir una alegría. Elena, engañada y maltratada por aquel débil y cobarde Saint-Ives, y Felipe, ofendido por Sabina, se encontraban en el momento en que la piedad, la ternura y la amistad podían tomar otro nombre y trocarse en amor. Aquel amor, triste y como regado de lágrimas, nació parecido á ciertas hierbas que crecen sobre las tumbas. Lentamente dió alguna vida á sus muertas ilusiones. Un dolor le hacía germinar, una confidencia le hacía crecer. Se deslizaba por el sufrimiento y no por la sonrisa, corriendo como un bálsamo en el corazón del hombre, y cual esos niños miserables engendrados en el llanto, aquel sería un tímido amor, un amor sin entusiasmo, un amor melancólico y dulce como un luto consolado que toma furtivamente el lugar del amor, y que ofrece en sus bodas, no una corona de rosas, sino una de siemprevivas.

Y poco á poco, en las entrevistas de aquellos dos seres igualmente lacerados, iba creciendo

aquel amor, apasionado en Marcy, más frío en Elena. Una honrada y profunda afección extendía su dulzura sobre aquellas dos pálidas frentes. Una ternura creciente inundaba aquellos corazones medio destrozados, y Felipe, al pensar en el error de su juventud, en aquella pasión consagrada á Sabina, en su precipitado casamiento, se decía que si la ley no hiciera indisolubles las uniones entre dos seres, no sujetase á sus brazos la cadena de la esclavitud, él podría casarse con Elena, aquella buena, honrada, dulce y animosa Elena, que era la mujer soñada por él, la consejera, la amiga sometida á todos los deberes, mientras que Sabina, dominada por toda clase de caprichos, había nacido para vivir en completa libertad, para ser una horizontal.

La idea del rescate, del divorcio posible, de una vida nueva, se estrellaba ante la inflexible ley. ¿Por qué habían de ser indisolubles aquellos lazos que materialmente parecían clavarse en sus carnes? La ley habla muchas veces de los hijos. ¿Pero acaso podía llamarse madre á aquella mujer que abandonaba á su hijo para ir á representar junto al lecho de un herido la comedia del dolor? ¿Qué significaba la herida material de Cordier al lado del sufrimiento moral del esposo aislado, del niño abandonado á manos mercenarias y huérfano de madre en vida de ésta? Cien veces más que la tal madre le quería Elena. Un día que había estado enfermo, la joven suplicó á su padre que la permitiese correr á su lado.

—No—le había contestado Marcy.—Vos no podéis ir adonde *ella* no está ya.

Enrique acudió á la cita de Elena, presintiendo que Monerol había aparecido. ¿Había hablado? ¿Se lo había confesado todo á la pobre joven? Al pronto ésta quiso negar, pero con sus lágrimas salió su secreto, y Enrique, en un arranque profundo, la estrechó contra su pecho, posando sus labios sobre aquella frente pálida, aquellos cabellos morenos, aquella cara de estatua, y repitiendo al oído de la desgraciada la dulce frase *¡hermana!* que entraba en su corazón, causándole una dicha inefable.

Después de aquel primer beso, de aquella efusión y aquellas lágrimas, les parecía que siempre se habían llamado con aquel nombre, que aquella intimidad de alegrías y dolores la habían participado desde la infancia y que ellos no podían ser más que un hermano para el otro.

Pero se encontraban en aquel momento expuestos á una desgracia. Tenían el peligro encima; Monerol provocaría á toda costa un escándalo. Por evitarlo Elena daría su vida. Ella adivinaba, sin que Enrique le hubiera dicho una palabra, la fría impasibilidad de Genoveva, abandonando, odiando á su hija, por ser la hija de Monerol, y además creyéndola muerta. Y no queriendo ser nada en la vida de aquella madre, nada más que una extraña, hasta huyendo para no inquietarla, pasando desapercibida é ignorada en su sombra, no habiéndola visto nunca, ni pensando verla jamás, y amándola en su hijo, en aquel Enrique que era el hijo único y el hermano, Elena quería seguir para siempre siendo la olvidada y pasando por muerta.

Lo que precisaba era luchar contra Monerol.